

## Otros saludos

Hay múltiples alternativas raras para sustituir al contacto de codos



JUAN BAS

La Organización Mundial de la Salud ha recomendado que evitemos el contacto con los codos que sustituye a darse la mano o el par de besos por que tampoco cumple la debida separación entre cabezas. Ha propuesto que nos saludemos con la mano sobre el corazón, como los norteamericanos en un estadio cuando oyen su himno nacional. Demasiado solemne y fraternal, aunque es probable que aquí sea adoptado con entusiasmo por los amantes de la cursilería. Además, como decía Pablo Martínez Zarracina en su columna, con lo fácil que es un «buenos días» sin necesidad de gestos. Por otra parte, todos conocemos a personas que cuando tienes que saludarlas te saldría más espontáneamente llevar la mano a los genitales (los tuyos) en vez de al corazón, y no por señal de afán venéreo. Una variante podría ser darse con el puño cerrado un par de golpes en el pecho a modo de signo de contrición ante quien debes dinero o has agraviado.

Hace poco me dijo un conocido al tenderme la mano y yo dejársela tendida en el aire: «¡Ah!, tú eres de los que no dan la mano». Varias cosas implicaba ese breve comentario y ninguna era buena; preferí responder sin más con una afirmación. Pocas veces echo de menos dar la mano. La omisión actual te evita el apretón de que te la estruja como si quisiera exprimirla o, mucho peor, el de la mano flácida, que a mí me hace pensar, quién sabe por qué (seguro que tiene una interpretación freudiana vergonzosa para mí), en una anguila grande en una pecera esférica y pequeña.

Hay otras posibilidades de saludos alternativos raros y a distancia. En el cuento de Borges 'El informe de Brodie', los primitivos Yahoos (nombre tomado de las criaturas salvajes que aparecen en 'Los viajes de Gulliver', de Jonathan Swift, que también sirvió para nominar el portal de internet) se llaman y se saludan tirándose pellas de barro. No parece un sistema operativo por la escasez de barro en nuestras ciudades. Quizá más fácil con cacas de los numerosos perros urbanos; sería sucio, pero divertido. Tampoco resultan cómodos esos intrincados saludos compuestos, propios de las hermandades universitarias yanquis y de colegas del Bronx (es gracioso el de los capitanes Haddock y Chester en 'La estrella misteriosa'), que parecen coreografías. La mano alzada en son de paz, o como para jurar que dirás toda la verdad y solo la verdad, es sencillo y no está mal; con el puño cerrado, se le añade reivindicación de lucha de clases. Pero son los fascistas los que lo tienen mejor para anuar su saludo con la distancia adecuada. Dos brazos estirados en horizontal, uno frente al otro, consiguen, aparte de dar grima, los dos metros.

# Trump y la izquierda

JAVIER ZARZALEJOS

El presidente de EE UU ha aplicado los dos instrumentos que constituyen el núcleo intelectual del actual progresismo: la 'posverdad' y la identidad

La mayoría de los análisis que se pueden leer sobre la situación en Estados Unidos destacan la polarización del país hasta extremos desconocidos. No pocos expresan su alarma ante este deslizamiento hacia una grave ruptura interna de la sociedad norteamericana, dispuesta a saltar a la violencia civil por un episodio de brutalidad policial, un mensaje presidencial o la disputa sobre un personaje histórico.

La respuesta de los demócratas a Donald Trump ha sido una radicalización que ahora están intentando controlar para no aparecer vinculados a los disturbios callejeros ni al radicalismo de los extremistas de la cultura de la cancelación erigidos en comisarios ideológicos de universidades y medios de comunicación.

Lo cierto es que esta polarización que sufre Estados Unidos es atribuible a Trump, pero sólo como causa inmediata. Trump y los inspiradores de sus estrategias, en el fondo, no han hecho más que aplicar los dos instrumentos ideológicos y políticos que constituyen el núcleo intelectual de la izquierda de nuestros días. Uno, la 'posverdad'; el otro, la identidad. Lo que ocurre es que Trump está utilizando armas políticas de la izquierda, pero aplicadas en beneficio de la derecha populista. Lo que la izquierda no pudo prever es que las enseñanzas de sus filósofos más apreciados podrían convertirse en tecnología política de doble uso.

Gracias a la 'posverdad', Trump y los suyos pueden hablar de «alternativa facts», de «hechos alternativos» para ofrecer una versión distinta de la realidad que parece chocar escandalosamente con la verdad. ¿Pero existe la verdad? En realidad, ha sido la izquierda filosófica la que ha destruido el concepto de verdad. La filosofía crítica, las filosofías de la sospecha, la deconstrucción, todas han concluido



en negar que hubiera una verdad, —tampoco en la ciencia— y que la pretensión de que la haya no es más que una pulsión autoritaria. Nuestro entorno cultural, el lenguaje en el que nos expresamos, las referencias morales que asumimos y hasta lo que consideramos hallazgos científicos irrefutables nunca son lo que parecen. Todas ocultan un significado siempre opresivo, perverso, execrable, que hay que dejar al descubierto. Ha sido la izquierda la que ha negado que haya una verdad. La verdad no existe —nos dicen—, lo que hay son «narrativas» diversas en permanente competencia que borran la línea que separa los hechos de las opiniones.

La ciencia tampoco se libra. El negacionismo ante el Covid tiene un célebre precursor en el filósofo francés Michel Foucault, muerto a causa del VIH, quien afirmaba su promiscuidad para denunciar que el sida se trataba de un artificio para reprimir a los homosexuales como él.

Con la identidad ocurre algo parecido. Convertida en nueva causa redentora por la izquierda sin proletariado, el discurso de la identidad ha colonizado la política y la forma de entender la sociedad como un agregado de reclamos identitarios basados cada uno en su propia historia de victimización y agravio que los hace acreedores a recibir algo del Estado. Con lo que no contaban los teóricos del progresismo de la identidad es que todos tenemos la nuestra y que todos, en determinadas circunstancias, también podemos construir una historia de agravio y victimización que nos habilite para pedir algo.

Por eso resulta novedoso que la izquierda de la deconstrucción se escandalice tanto cuando Trump se desentiende de la verdad y sigue construyendo su narrativa. Esa izquierda tendría que reconocer en Trump a su alumno más aventajado. Si se trata de fabricar «narrativas» en vez de sostener verdades, el trumpismo se suma al juego y, hasta ahora, con éxito. Si se trata de defender la identidad propia y exhibir agravios, ahí está la América interior, blanca y deprimida, víctima de la desindustrialización, la desestructuración familiar y la droga, para exhibir sus heridas y votar al que le promete «America first».

Trump ha conseguido que buena parte de la población blanca, cuyo declive económico, social y educativo le impide reconocerse como parte de una mayoría dominante, se comporte y se movilice con la misma dinámica que cualquier otra minoría.

No es extraño que Estados Unidos se resienta de la polarización. Cuando el juego político se convierte en un choque de identidades en el que todos se tienen ya por colectivo oprimido, lo que se erosiona es el sentido de sociedad y la idea de ciudadanía común. Cada cual cuenta su historia, sin que nadie sea capaz de hacer un relato común ni queira escucharlo.

## Gandhi y la inquisición

MIQUEL ESCUDERO

La escritora somalí Ayaan Hirshi Ali, conocida por su lucha contra la mutilación genital femenina (ablación del clitoris), fue elegida diputada del Parlamento holandés. En una conversación en Chile introdujo el término 'emocracia' como el poder ejercido por las emociones. La democracia desprovista de la 'd' se ve envuelta por el valor principal de la emoción y deja de contar con el uso de la razón y la necesidad de argumentar de un modo co-

recto, sin enjuiciar a la ligera y sin fundamento. Adiós al afán de distinguir lo verdadero de lo falso, ver claro en nuestras acciones y, de este modo, «caminar con seguridad en la vida», como nos propuso Descartes, perdurable maestro del pensar.

La emoción desbocada urge respuestas, apremia hacia el gregarismo y nos deja, así, al albur de la demagogia. Si ésta obtiene la hegemonía social, la distorsión de cualquier gesto o palabra queda ase-

gurada. Y sólo se da por aceptable una opinión 'políticamente correcta'. No te salgas de ahí si no te quieres ver incomodado o acaso agredido.

Veamos un ejemplo. Este noviembre hará dos años que la Universidad de Accra, capital de Ghana, retiró de su campus una estatua de Gandhi. Fue a propuesta de unos profesores que denunciaron que el pacífico líder indio aludió de joven a los negros de forma despectiva; un racismo que rectificó. Una implacable inquisición se puso en marcha con inmenso resentimiento. Se trataba de reivindicar la dignidad de los negros vejada por el Mahatma, a quien no se le podía perdonar un desliz juvenil. Esa estatua le recordaba a un estudiante «hasta que punto nos considerábamos inferiores». Intolerancia resentida y complejada.